

QUINTA CARTA PASTORAL

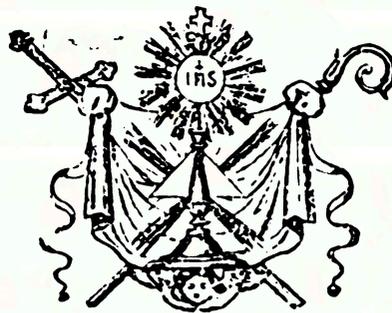
QUE

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

OBISPO DE IBARRA

DIRIGE

AL CLERO Y Á LOS FIELES DE SU DIÓCESIS



QUITO

IMPRESO POR F. RIBADENEIRA

1897

VOS, FEDERICO GONZALEZ SUAREZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE IBARRA.



Á NUESTRO VENERABLE CABILDO ECLESIAÍSTICO,
Á LOS SACERDOTES SECULARES, Á LOS RELIGIOSOS
Y Á TODOS LOS FIELES DE NUESTRO OBISPADO:
SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

NON RELINQUAM VOS, ORPHANOS:
VENIAM AD VOS.

No os dejaré huérfanos: vendré
á vosotros. — (*Del Evangelio de
San Juan, Capítulo décimo cuar-
to, versículo décimo octavo*).

Venerables Hermanos y muy amados Hijos:

I

AUNQUE en todos los tiempos del año
debemos dirigiros la palabra para ex-
hortaros á que viváis cristianamente, con todo,
en el tiempo de Cuaresma ese deber es más sa-
grado, porque la época de Cuaresma es la más
santa entre las épocas del año. Todo tiempo es
santo, porque en todo tiempo Dios Nuestro Señor
puede ser honrado con el homenaje de reveren-
cia, adoración y amor, que le son debidos; pero
el tiempo de Cuaresma está santificado de una
manera especial, como preparación para celebrar

dignamente los misterios de la Pasión, de la muerte y de la resurrección del Hijo de Dios humanado.

Las fiestas cristianas deben celebrarse cristianamente, es decir revistiéndonos del verdadero espíritu de la Iglesia católica, espíritu de penitencia y de humildad, espíritu de caridad fraterna y de compunción, espíritu de castidad y de amor de Dios. Las prácticas exteriores del culto público son excelentes, pero no bastan; es necesario que estén acompañadas del culto del corazón, del culto íntimo del alma, sin el cual las ceremonias meramente exteriores tienen poco mérito delante de Dios.

Las fiestas cristianas deben celebrarse santamente: ¿cómo las celebraremos santamente, si nos contentamos sólo con las prácticas exteriores del culto, conservando el alma llena de vicios y la conciencia manchada de pecados? Celebremos santamente las fiestas cristianas; celebremoslas, acompañando las prácticas del culto externo con el culto del corazón: limpiemos de pecados la conciencia, desocupemos de vicios el alma, y esforcémonos por adornarla de virtudes, de virtudes sólidas, que son las que dan gloria á Dios. La más sagrada de las fiestas cristianas ha de celebrarse con más santidad; y los más grandes misterios cristianos han de conmemorarse con más limpieza de conciencia y mayor pureza de corazón: ese es el verdadero espíritu de la Iglesia, ese es el espíritu de sincero catolicismo, sin el cual, volvemos á decirlo, las prácticas exteriores son poco agradables á Dios.

La Iglesia ha instituido la Cuaresma con el fin de que, durante algunas semanas continuadas, nos vayamos preparando, con el ejercicio de la penitencia, á celebrar santamente la más au-

gusta de las solemnidades cristianas, la solemnidad de la Resurrección del Salvador, precedida del recuerdo de su sagrada Pasión y de su muerte de cruz.

Allá, tras la enorme cordillera de los Andes, en medio de las dilatadas selvas de la región oriental, andan vagando tribus enteras de indios salvajes, desventurados hermanos nuestros, á quienes no ha alumbrado hasta ahora la luz del Evangelio; pero ellos también, en medio de sus tinieblas sobrenaturales, no dejan de dar culto, á su modo, á la Divinidad: se congregan para celebrar sus fiestas y practican ceremonias exteriores: encienden candeladas, derraman hiervas y flores, danzan y cantan: se mortifican, ayunan y hacen ruidosas procesiones, á las que acude toda la tribu: mas, después de tanto aparato exterior se quedan como antes, desnudos de virtudes, menesterosos de piedad. ¡ Pobres indios! ¡ Aún están en tinieblas! . . . Vosotros, Hijos míos, ¿ os contentaréis solamente con luces y flores, con cantos y músicas? ¿ No ofreceréis á Dios el sacrificio del corazón, contrito y humillado? Después del ruido y del humo de vuestras solemnidades, ¿ os quedaréis tan pecadores como antes? El culto católico, tributado al Dios de toda santidad ¿ no se ha de diferenciar de las fiestas de los salvajes? . . . Nada angustia tanto nuestro corazón, como la manera ordinaria de celebrar las fiestas cristianas, contentándose solamente con prácticas exteriores, y prescindiendo de las virtudes del corazón.

Estas reflexiones eran necesarias como preámbulo al gran objeto, en cuya consideración vamos á ocuparnos en esta nuestra Carta Pastoral.

Uno de los misterios que celebra la Iglesia en la última semana de Cuaresma, en la semana lla-

mada santa por excelencia, es la Institución de la adorable Eucaristía, hecha por Nuestro Señor Jesucristo en la postrera noche de su vida mortal sobre la tierra, y de ese misterio admirable queremos hablaros ahora. — La Institución de la Eucaristía va á ser el asunto de esta Carta Pastoral: el Jueves Santo hemos de celebrar la Institución de la Divina Eucaristía, y es necesario que os digamos algo acerca de tan asombroso misterio, para que celebréis la fiesta conmemorativa de su Institución, renovando vuestro corazón con una fe más viva y con una devoción más ardiente respecto de Jesucristo sacramentado.

Ya habréis advertido, sin duda, que os hablo con frecuencia acerca de la Eucaristía, y, talvez, querréis saber cuál es el motivo por qué en nuestras Exhortaciones Pastorales tratamos tan á menudo de este asunto. ¡Ah!, Venerables Hermanos y amados Hijos: la Eucaristía es el todo, (si podemos expresarnos así), en la Iglesia católica: la Eucaristía es la vida de la Iglesia, el secreto de la santificación de las almas, la hoguera divina, de donde irradia sobre toda la familia humana el calor de la gracia sobrenatural: Jesucristo sacramentado es quien hace llover incesantemente sobre los pueblos las bendiciones del Cielo: la Urna del Sacramento es en los designios divinos el obstáculo, que la misericordiosa Providencia de Dios ha puesto á los rayos de su justicia, santamente irritada contra los mortales. Conozcamos lo que es la Eucaristía y hagamos de modo que, en adelante, el más admirable de los Sacramentos no pase casi enteramente desadvertido. Si los fieles se convencieran de cuan necesario es conocer lo que significa en el orden sobrenatural la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; los designios del Redentor al insti-

tuir este Sacramento, y los bienes que están aparejados para los que participan dignamente del Cuerpo y de la Sangre del Señor, otra sería, muy otra, su devoción á tan admirable Sacramento. Venerables Hermanos y queridos Hijos: queremos transformar nuestra Diócesis, por eso, os llevamos tan á menudo al pie del altar, para inflamaros en el fuego santificador de la divina Eucaristía. Buscar la vida donde no está la vida, es perecer: ¿dónde está la fuente de la vida sino en el Sacramento?

II

Consideremos despacio las circunstancias con que fué instituida la Eucaristía: ponderémoslas una por una. Jesucristo es la Sabiduría infinita, y todas las circunstancias, que acompañaron á la Institución de la Eucaristía, fueron dispuestas y ordenadas anticipadamente de un modo providencial por el mismo Jesucristo: ninguna fué casual; ninguna, insignificante: todas fueron providenciales y misteriosas. Siendo la institución de la Eucaristía la gran obra de Jesucristo, ¿habría alguna circunstancia ocasional y sin misteriosa significación? La Eucaristía era la obra magna, dirémoslo así, del Verbo Eterno humanado, ¿y no estaría prevista y ordenada desde toda eternidad cada una de las circunstancias de su Institución? Indudablemente.

¿Cuándo fué instituida la Eucaristía? ¿En qué tiempo? ¿En qué momento especial de la vida de Jesucristo? — La Eucaristía pudo ser instituida en cualquiera de los días de la vida mortal de Jesucristo: pudo también ser instituida después de su gloriosa resurrección, cuando

Jesucristo estaba ya gozando de vida inmortal é impasible; mas fué instituida en el último día de la vida mortal de Jesucristo, á fin de que resaltara así admirablemente el amor de Jesucristo á los hombres, comparado con la ingratitud de los hombres para con Jesucristo. Esta circunstancia la pondera San Pablo, haciéndonos considerar que Jesucristo instituyó la Eucaristía en la misma noche, en que fué entregado á traición en manos de sus enemigos. *In qua nocte tradebatur* (1). La Eucaristía fué instituida en la misma noche de la venta, en la misma noche de la traición: la ingratitud fué pagada con la mayor maravilla de la misericordia. Notadlo bien, Venerables Hermanos y queridos Hijos: la historia de la Institución de la Eucaristía se resume solamente en dos palabras, nada más que en dos palabras, que son: Amor, Ingratitud. Amor, por parte de Jesucristo: Ingratitud, por parte de los hombres. Un amor tan generoso, que va hasta los extremos de la omnipotencia, haciéndole dar todo cuanto podía dar, de modo que, con ser Todopoderoso, no tuvo nada más que dar: dándose á sí mismo ¿podía dar algo más? ¿Había reservado siquiera una gota de su sangre, cuando la derramaba toda para redimirnos? . . . y ¡la ingratitud! . . . ¡Ah! la ingratitud! La llevamos los hombres hasta el último límite, á donde la podemos llevar: si, acaso, no somos más ingratos con Jesucristo, es porque ya no podemos serlo más!

Asistamos con nuestra consideración á la Institución de la divina Eucaristía, y continuemos ponderando cada una de las circunstancias con que fué instituida.

(1) Epístola primera á los Corintios. (Cap. XI, ver. 23º)

Era llegado el primer día de la solemnidad de los Azimos: los judíos se preparaban para celebrar la Pascua, que era la mayor de sus fiestas religiosas, y en Jerusalén todo era afán, todo era regocijo, entre la muchedumbre inmensa de peregrinos, que habían acudido á la celebración de la gran solemnidad: no había familia que no estuviese ocupada en preparar lo necesario para la cena religiosa del cordero pascual: los sacerdotes estaban inmolando las víctimas en el Templo y no se daban punto de reposo, abrumados por la turba de devotos, que de los más distantes puntos de la tierra habían ido á la ciudad santa, para cumplir con las leyes religiosas de Moisés. Esa religión se hallaba en el último instante de su existencia providencial: no había sido más que una figura, una profecía del Evangelio: el Mesías había venido, estaba ya en medio del pueblo, y aquel mismo día serían sustituidas con el sacrificio del Cordero, que quita los pecados del mundo, las inmolaciones figurativas de las víctimas de la antigua Ley. Jerusalén no lo sabía: el Hijo del Eterno había descendido á la tierra, estaba en medio de los hombres, y los hombres, voluntariamente ciegos, no lo conocían: con un silencio profundo y uno como disimulo divino, el Criador se había deslizado por entre sus criaturas, y el mundo no lo advertía. *Et mundus eum non cognovit* (1).

Jesucristo entra en Jerusalén, cuando ya las tinieblas de la noche habían devuelto la calma y el silencio á la ciudad: seguido de sus doce Apóstoles, se encamina directamente al Cenáculo, donde está ya todo preparado de antemano para la celebración de la Pascua: al sentarse á la me-

(1) Evangelio de San Juan. (Cap. primero, ver. 10º)

sa, "Con vehementes deseos he deseado, les dice, comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer". *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar* (1). La voz del Maestro divino tenía un acento tal de tristeza, al decir estas palabras, y las había pronunciado con tanta emoción, que los Apóstoles no pudieron menos de conmoverse profundamente: hacía más de un año, á que el Maestro querido les había estado anunciando como muy próxima su muerte, y tantas veces y tan claramente les había predicho los ultrajes y los padecimientos de que sería víctima en Jerusalén, que los Apóstoles se sobresaltaron, y el gozo de la Pascua se les amargó con la expectativa de la funesta desgracia que les amenazaba. En efecto, en aquel mismo día, la venganza de los enemigos del Señor había llegado á su colmo: antes lo habían anatematizado, lo habían maldecido, habían pronunciado sentencias de excomunión contra El, y lo habían declarado por público, pecador, enemigo de la religión de Moisés y aborrecido de Dios; mas, en la mañana de aquel mismo día, en la mañana de aquel mismo Jueves, habían pronunciado sentencias de excomunión contra el odiado Nazareno en todas las Sinagogas de Jerusalén, dando á sus demostraciones de venganza y de envidia todo el aspecto del más puro celo religioso. Ponderad bien, Venerables Hermanos y amados Hijos, esta circunstancia, que aterra é infunde pavor en el alma: Jesucristo era odiado, Jesucristo era aborrecido: Jesucristo no era amado, nó; no era amado: lo odiaban, lo aborrecían, y con odio implacable y con aborrecimiento mortal. Jesucristo ¿no era el mismo Dios? Jesucristo ¿no

(1) Evangelio de San Lucas. (Cap. XXII, ver. 15?)

era el Santo de los santos? Jesucristo ¿no era la Sabiduría Eterna? La misericordia infinita ¿á quién podía haber injuriado? La Suma Bondad ¿qué males podía haber hecho? La Sabiduría Eterna ¿cómo no era amada? La Santidad por esencia ¿por qué no era venerada? ¡ Ah! Misterio asombroso! Vino Dios al mundo, por amor á los hombres: el Verbo Divino se hizo hombre, para redimir á los hombres: en medio de los hombres apareció, lleno de gracia y de verdad, y los hombres odiaron á Dios, y los hombres aborrecieron al Verbo Divino humanado. Sí: Jesucristo fué odiado, Jesucristo fué aborrecido: repetimos estas palabras con espanto: ahondando en el significado de ellas no acabamos de horrorizarnos, llenos de pavor, de admiración. Ved ahí hasta dónde pudo llegar el hombre en el abuso de la libertad humana: llegó hasta á aborrecer de muerte al mismo Dios, á Dios hecho hombre por amor al hombre!

Y ¿quiénes eran los enemigos de Jesucristo? Eran los Sumos Sacerdotes de Jerusalén, eran los pontífices de la Sinagoga, eran los doctores de la Ley, eran los Fariseos, es decir los que entre los Judíos hacían profesión de vida santa, penitente y mortificada; eran los Saduceos, que se preciaban de sabios; eran los Escribas, para quienes el conocimiento de las cosas de la Religión de Israel era familiar; y todos éstos odiaban á Jesucristo gratuitamente, y todos éstos lo aborrecían por envidia. Constituidos en maestros y guías religiosos del pueblo, lo habían extraviado del camino de la verdad, enseñándole doctrinas erradas y máximas abominables: en lo exterior, en público, aparentaban costumbres austeras, vida santa; pero, en secreto, estaban dominados por todos los vicios: codiciosos de

dinero, ambiciosos de honra mundana, hinchados de orgullo, entregados á la sensualidad; la vida inmaculada de Jesucristo les daba enojos, su santidad extraordinaria los enfurecía: querían seguir gozando de la veneración del pueblo, y el pueblo, con la predicación de Jesucristo, iba conociendo cuán engañado lo traían sus maestros perversos. A todos éstos no les gustaba la virtud verdadera, sino el provecho temporal de la virtud, el medro criminal, con las fingidas apariencias de la virtud; y eran enemigos de Jesucristo, y lo aborrecían de muerte: predicaban contra el Redentor, lo calumniaban ante el pueblo; interpretaban inicuamente sus milagros, deshonoraban las obras de santidad que ejecutaba; y tanto odio y tanta envidia, y tanta venganza encubrían con apariencias de celo por la Religión, y, fugiendo no buscar más que la honra de Dios, anhelaban saciar sus infames venganzas, dando muerte al Hijo de Dios. Nadie ha sido tan aborrecido como Jesucristo, nadie ha sido jamás tan odiado como Jesucristo: odio gratuito, aborrecimiento injusto! Ya lo había vaticinado el Salmista: Con odio gratuito me persiguieron. *Dum loquebar illis, impugnabant me gratis* (1).

¡Qué noche la de la Institución de la Eucaristía, Venerables Hermanos y queridos Hijos!... Los enemigos de Jesucristo se agitaban, esperando poner en ejecución en aquella misma noche sus propósitos de odio: iban y venían, se daban cita y se congregaban en conciliábulos sangrientos: días antes habían resuelto irremediablemente dar muerte al Señor, y habían estado indecisos tan sólo en cuanto al tiempo de matarlo, temiendo que saliera el pueblo en su defensa, si lo hacían

(1) Salmo 119^o, ver. 7^o.

morir en los días de la Pascua ; mas, en aquella noche, un incidente inesperado les había hecho cambiar de resolución, y, viendo ya á la Víctima en sus manos, se inquietaban con la idea de que pudiera, talvez, huir ó ponerse en salvo, como había sucedido en otras ocasiones.

¿ Qué incidente era el que les había hecho mudar de parecer á los enemigos de Jesucristo ? ¡ Ah ! ¡ Quién hubiera podido ni imaginarlo siquiera ! Un discípulo de Jesucristo, un Apóstol suyo, le había hecho traición : Judas, aconsejado por la codicia y ciego de odio, se presentó ante los enemigos del Maestro soberano, y les ofreció que lo entregaría en manos de ellos, si ellos le daban alguna remuneración. Qué me queréis dar, les dijo, y yo lo entregaré en vuestras manos. ¿ Qué dieron los enemigos de Jesucristo ? ¿ En qué precio compraron su vida y pagaron su sangre ? ¡ Nueva y mayor injuria para el Hijo de Dios ! Sus enemigos apréciaron en vil precio su sangre adorable, cuyo valor es infinito ! Dieron la cantidad tasada por la ley para pagar la vida de un esclavo ; la suma, con que se compensaba la muerte dada á un vil jumento ! Y Judas la recibió, y Judas la aceptó, y Judas se dió por contento con ella ; y, satisfecho de su sacrílega granjería, volvió al Maestro traicionado, y disimuló su infame venta, y se estuvo asechando el momento propicio para poner en ejecución su criminal propósito.

Llegó la noche, vino Jesucristo á Jerusalén ; el traidor le acompañaba : sentóse á la mesa el Maestro divino, y el traidor metió su mano en el mismo plato, en que mojaba su pan el Maestro traicionado. ¡ Oh ! Judas, ¡ Oh Apóstol traidor ! ¿ Qué á tí con la Eucaristía ? ¿ Qué haces ahí en la mesa del Sacramento ? Pero, no :

ahí debías aparecer tú, porque la Eucaristía es el Sacramento, con que Jesucristo se vengó, dirémoslo así, de la ingratitud de los hombres: bien está el traidor en la mesa del Sacramento: sí, bien está: la Eucaristía es el Sacramento del amor de Dios á los hombres; ¿y con qué han correspondido los hombres al soberano don de la Eucaristía, sino con traiciones fementidas?

La Eucaristía pudo muy bien ser instituída en los primeros días de la vida de Jesucristo; ¿por qué fué instituída en los últimos momentos de la vida del Redentor? ¿Por qué no la instituyó en el primer año de su vida apostólica? ¿Por qué reservó la Institución hasta el último año? ¿Por qué la demoró hasta la última semana? ¿Por qué la difirió, hasta los postreros instantes que le había de dejar libres el odio de sus enemigos? — Si el hombre más irreflexivo piensa, medita y calcula todas las circunstancias, cuando ha de ejecutar una obra importante, decidme sólo Jesucristo no preveería y dispondría de antemano todas las circunstancias de la Institución de la Eucaristía, siendo la Eucaristía la gran obra del Redentor? Lo que hace el pobre ingenio humano, dejaría de hacer la Sabiduría Infinita? ¡Ah! Nó: todas las circunstancias de la Institución de la Eucaristía fueron previstas y determinadas providencialmente, de antemano por Jesucristo: ninguna fué casual ni repentina. ¿Por qué se dilató, pues, la Institución de la Eucaristía hasta los últimos momentos de la vida del Redentor? ¡Ah! ¿Preguntáis por qué? — Porque toda la historia de la Eucaristía se resume en estas dos solas palabras: Amor, Ingratitud!!... Amor, sin medida, por parte de Jesucristo á los hombres: Ingratitud monstruosa, de parte de los hombres para con Jesucristo. ¡Amor,

Ingratitud : he ahí compendiada en dos solas palabras toda la historia de la Santa Eucaristía!!

III

En los primeros días de la vida de Jesucristo no había todavía mucho odio contra su persona adorable : el Jueves de la gran semana de Pascua el odio se había desbordado, el odio era ciego, el odio no se satisfacía sino con la muerte de Jesucristo : esa misma mañana, las numerosas Sinagogas de Jerusalén habían resonado con las maldiciones, que los doctores de la Ley, los escribas y los sacerdotes pronunciaron, con gran aparato, contra Jesucristo : levantaron ambas manos al cielo y conjuraron al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que volviera por su honra y exterminara al blasfemo, que se llamaba Hijo suyo, é hicieron otras demostraciones de grande horror, por los ultrajes, que, según ellos, había cometido Jesucristo contra el templo de Dios y contra la religión de Moisés. . . . Era, pues, llegada la hora de la Institución de la Eucaristía, porque al odio frenético de los hombres contra su persona adorable tenía de oponer Jesucristo su amor inmenso para con ellos. Amor é Ingratitud resumen toda la historia de la Eucaristía, de la estupenda Eucaristía ! Judas se ha presentado ante los enemigos de Jesucristo ; Judas se ha comprometido con ellos á entregarles al Maestro ; Judas ha pactado el precio de la venta ; Judas ha recogido ya el precio de la traición : la hora de la Institución de la Eucaristía ha llegado ya, porque Amor é Ingratitud son el compendio de toda la historia de la Eucaristía!

¡Qué contraste! Entre los pontífices, escribas y fariseos todo es agitación é inquietud : lo

que tanto habían deseado, apoderarse de la persona del Nazareno para darle muerte, están á punto de conseguir en esa noche: un Discípulo del mismo Nazareno lo ha vendido: pronto el Nazareno estará en sus manos, y habrá que hacerlo morir sin pérdida de tiempo: ¿también ahora se escapará de nuestras manos? Si cae en nuestro poder, hay que hacerlo morir al instante!... Así discurrían, los euemigos del Señor, conjurados contra el Señor, para darle muerte. — Entre tanto, Jesucristo, lleno de calma y de serenidad, concluye en el Cenáculo la celebración de la cena pascual, y procede á Instituir el Sacramento de la Eucaristía. ¿Dónde lo instituye? Lo instituye en Jerusalén, la ciudad donde se celebran juntas y se tienen consejos para hacerlo morir. ¿Dónde instituye Jesucristo el Sacramento de la Eucaristía? — Lo instituye en el Cenáculo. Y bien, en ese Cenáculo ¿qué hay de particular? ¿Cómo está preparado?

Ese Cenáculo era un salón, alto, en el piso superior de la casa, grande y bien amueblado. *Cenaculum magnum, stratum*, como lo hacen notar los Evangelistas. Un salón espacioso, un salón adornado: ¿no es esto un misterio? Jesucristo, tan amante de la pobreza, que eligió una gruta, abandonada en el campo, para lugar de su nacimiento: Jesucristo, tan amigo de la pobreza, que carecía de casa donde alojarse, y hasta de un corto espacio de tierra, en que reclinar su cabeza: Jesucristo, modelo de sencillez: Jesucristo, dechado de modestia, escoge ahora un salón espacioso, un salón bien preparado; ¿por qué este como cambio en las inclinaciones de su corazón adorable? Por qué esta excepción en el método de su vida, extraordinariamente humilde? ¡Ah! Jesucristo está de fiesta; Jesucristo está de con-

vite : el Señor ha preparado un banquete, y es llegada la hora de que tenga cumplimiento lo que tantos siglos antes había vaticinado el Salmista, cuando cantaba : que el Señor haría un monumento para perpetuar entre los hombres la memoria de sus maravillas, y que ese monumento sería un banquete, que el Señor, misericordioso y compasivo, daría á los que le temen. *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se* (1).

Jesucristo está de fiesta : los afectos de su corazón adorable tienen ahora pábulo, un pábulo digno de su amor : el odio de sus enemigos le maquina la muerte ; la ingratitud está colmada ; es llegada, por lo mismo, la hora de la Institución de la Eucaristía. ¿No os he dicho, Venerables Hermanos y queridos Hijos, que toda la historia de la Eucaristía se resume en solas dos palabras : Amor é ingratitud? — Hasta en lo exterior ha querido Jesucristo dar muestras de la generosidad para con sus enemigos, y del divino regocijo de que estaba lleno su corazón al instituir la Eucaristía. ¿Qué es la Eucaristía, sino el sacrificio, que de sí mismo hacía Jesucristo, por amor á los hombres? Pues bien : ese sacrificio se hacía no sólo con buena voluntad, sino con júbilo extraordinario por parte de Jesucristo, que á la suma perfidia de sus enemigos correspondía con demostraciones de inagotable caridad. Sentado á la mesa eucarística con sus Apóstoles, pensaba, sin duda, en las ingratitudes, en las irreverencias, en los ultrajes, que habían de hacerse á la Eucaristía en la serie de los siglos, y ya desde aquel mismo instante perdonaba á sus profanadores;

(1) Salmo 110º, ver. 4º

oraba por ellos y entregaba en sacrificio su cuerpo y su sangre adorable.

La Eucaristía es un sacrificio, el mismo sacrificio del Calvario, ofrecido incruentamente : Tomad : esto es mi cuerpo, que será entregado á la muerte por vosotros, dijo, al consagrar el pan. Tomad y bebed de este cáliz, que es mi sangre, que va á ser derramada por la redención del mundo, añadió al distribuir el vino, que acababa de consagrar. De este modo, antes de expirar en la cruz, ya Jesucristo se había sacrificado para salvar á los hombres.

Bien ponderaba San Pablo esta circunstancia. *In qua nocte tradebatur*: fué instituída la Eucaristía en la noche de la traición, en la noche misma en que fué vendido, en la noche misma en que sus enemigos lo condenaron á muerte, en esa misma noche Jesucristo puso por obra el mayor de sus prodigios, instituyendo la Eucaristía, por amor á los hombres. *In qua nocte tradebatur*. Lavó los pies á sus Apóstoles Él mismo, en persona, y se los enjugó con sus propias manos, arrastrándose á las plantas de ellos, sin desdeñarse ni de las de Judas, el Apóstol traidor, y dióles manifestaciones de amor con palabras y acciones extraordinarios.

Non relinquam vos orphanos, les dijo. No os dejaré huérfanos: *Veniam ad vos*, Vendré á vosotros. Palabras regaladas, palabras dulcísimas, promesa que se cumple en cada instante. ¡ Oh ! Quién pudiera corresponder con inmensa gratitud al amor sin límites con que Jesucristo nos amó !

Los enemigos del Señor discurrieron darle muerte, para continuar gozando ellos del medro temporal, que con sus hipocresías granjeaban del pueblo : resolvieron matar al Autor de la vida, para disfrutar de bienes mezquinos y perecederos.

¡Triste engaño!... La Eucaristía fué instituída; y Jesucristo, á quien quitaron la vida temporal, siguió viviendo en medio de los hombres: no dejó huérfanos á sus redimidos. *Non relinquam vos orphanos*... La vida mortal terminó en la cruz: la vida eucarística no le será quitada. La vida mortal fué sacrificada, porque el Señor lo quiso: ¿quién podrá poner término á su vida eucarística?

Venerables Hermanos y queridos Hijos, os habla vuestro Obispo, os exhorta vuestro Pastor: prestadle dócilmente vuestra atención. Deseamos veros no sólo católicos, sino creyentes ejemplares y fervorosos; y, para lograr que se realicen nuestros deseos, os exhortamos que seáis devotos de la adorable Eucaristía, de la cual ha de venir la gracia, que ha de santificar vuestras almas. Acercaos á la Mesa santa, acudid con ansia á participar del Pan, que da vida á las almas: ¿por qué estáis alejados del Sacramento? ¿Por qué preferís los tristes goces de la tierra á la satisfacción de participar, siquiera una vez al año, del Pan de los Angeles? ¡Oh! Eucaristía, oh admirable Eucaristía, oh estupenda Eucaristía: admirable sobre toda admiración, maravilla de las maravillas del Todopoderoso!

La Mesa del Banquete celestial está ahí preparada: Jesucristo nos invita, Jesucristo nos llama: la participación de su cuerpo sagrado es la prenda de la gloria eterna. Acercuémonos, con el alma pura; limpiemos la conciencia; adorne-mos el alma con virtudes. La Eucaristía es el Pan de los Angeles, ¿cómo la recibiremos en cuerpo, donde mora el pecado? — La Eucaristía es el Sacramento de la caridad por excelencia, ¿nos atreveremos á recibirla con el corazón henchido de odio y de venganza? ¡Ah! No: no hay satisfac-

ción como la de participar de la Eucaristía, después de haber perdonado de corazón á los que nos injurian y calumnian. Perdonad á vuestros enemigos; amad á los que os aborrecen; bendecid á los que os calumnian y orad por los que os persiguen, y acercaos á la Mesa eucarística y participad del Sacramento del altar. La Eucaristía, como canta la Iglesia, es el símbolo místico de la unión y de la paz.

Dada en Ibarra, el 30 de Marzo de 1897.

✠ FEDERICO,

OBISPO DE IBARRA.

